

todas las facultades y de todos los sentidos á un solo objeto.

Virtud de recogimiento, el ejercicio habitual de semejante acto en una circunstancia determinada y prescrita.

Y por espíritu de recogimiento entendemos esa misma virtud que se ha hecho dominante y se ha convertido, como quien dice, en alma de nuestra vida, llevándonos con alegría y celo á todos los ejercicios de la misma, llegando hasta hacer que los deseemos y busquemos con amor.

Consiste el recogimiento eucarístico en aplicar todos los sentidos y facultades al servicio y amor de la divina Eucaristía, como á nuestro centro natural y fin de nuestra vocación.

Es la virtud del recogimiento eucarístico el ejercicio actual de ésta cuando nos hallamos ante el Santísimo Sacramento ó cuando la piedad nos hace cumplir tales actos.

Y el espíritu de recogimiento eucarístico consiste en hacer de la Eucaristía el pensamiento capital de nuestro espíritu, el afecto dominante de nuestro corazón, el supremo objeto de los deseos de nuestra voluntad, y, en una palabra, el móvil universal de nuestra vida.

1.º Llega á ser entonces la Santa Eucaristía un elemento como natural para la presencia de Dios; no se va el alma á buscar á la Santísima Trinidad en el cielo ó á Jesús en la gloria.—La Eucaristía es su cielo, el trono de la gracia y el amor de Dios para con ella.

2.º Las virtudes cristianas en su más alto grado no son entonces sino ejercicios del amor eucarístico, ó alimento de ese divino fuego—bajo la influencia de

la Eucaristía hácese del todo eucarísticas; tal es el carácter que deben revestir.

3.º El alma verdaderamente eucarística no puede ya tener otra vida, otro gozo, otra felicidad que la divina Eucaristía: todo se la recuerda; todo le sirve de preparación, ó de prueba, ó de acción de gracias á la Eucaristía.

Es entonces su vida como su principio, como su amor; y todo cuanto no se refiere á la Eucaristía le es indiferente ó ajeno.

Así vivía María Santísima en el Cenáculo.—Fijo estaba su espíritu en la divina Hostia, como en sol que vivificaba su alma.

Asido estaba su corazón á este divino Tabernáculo como el hierro al imán.

Un deseo sólo había en su voluntad: Jesús Sacramentado.

Tabernáculo viviente donde jamás se consumía la divina Hostia, María encontraba en sí misma á su Jesús; era como el cuerpo de Jesús sacramental.

¡Qué unión y qué vida! — ¡Cuán acepto á Jesús tenía que ser aquel Tabernáculo viviente, ornado de tantas virtudes, henchido de un amor tan puro y perfecto! ¡Ah! ¡Cuán lejos estoy de parecerme á mi Madre!...

DÍA CUARTO

PRIMERA MEDITACIÓN

La humildad eucarística.

La hermana adoratriz debe poner por base á su perfección la humildad eucarística de Jesús.

En la Eucaristía nos muestra Jesús como virtud preeminente la humildad; que viene á ser allí su manto real — la forma de todos sus actos, — el ejercicio habitual de su amor — su sacrificio perpetuo de alabanzas y de homenaje al Padre celestial.

I. La humildad manto real de Jesucristo, en la Eucaristía.

Manto que vela su gloria, su majestad y su poder, para que aparezcan solamente su pobreza y su debilidad, su anonadamiento como criatura humana.

Así también la religiosa adoratriz debe hacer el sacrificio de toda la gloria que pudiera redundarle de su linaje, talentos y dotes naturales — para asemejarse á Jesús, que permanece velado en la Eucaristía. — Y ese será su velo religioso, que ha de ocultarla al mundo, y revestirla de la gloria del que es allí un Dios escondido.

II. La humildad, forma de los actos de Jesús Sacramentado.

¡Cuán grandes son y sublimes los más pequeños actos de Jesús en su divino Sacramento! — Dan á Dios Padre la mayor gloria posible. — Dan un aumento de gloria á la corte celestial: — santifican las almas y salvan al mundo.

Y nada, sin embargo, aparece exteriormente: todo se realiza en silencio y misterio, sin que los hombres lo echen de ver siquiera.

Así también las acciones de una sierva del Santísimo Sacramento deben llevar todas el sello y el carácter de Jesús en la Eucaristía.

Debe abrasarse interiormente en amor divino, permaneciendo, sin embargo, exteriormente sencilla y pobre. Su devoción debe ser interiormente llena de santa alegría, de una deliciosa ambición, y pare-

cer en lo exterior común y ordinaria. — Sus virtudes interiores deberían ser sublimes y perfectas, pero sencilla y común la forma de las mismas. — Debe, en una palabra, ser su perfección, como brasas bajo ceniza.

III. — La humildad es el ejercicio habitual del amor de Jesús Sacramentado. — Este amor se sustenta con lo que en la humildad hay de más sencillo, más ordinario y más humillante, más apto para anonadarnos: esa es la leña donde prende el fuego de su divino amor.

No hay para la religiosa adoratriz sustento más puro, fuerte y perfecto de su amor á Jesús Sacramentado, que la humildad con todo lo que constituye la índole de esta virtud.

La humildad es su oración de amor, su acción de gracias, su adoración, su ofrenda, su dote, en resumen, y su oficio á los pies de Jesús.

Esposa pecadora del Rey purísimo — esposa mendiga del Rey celestial, — esposa paralítica del Rey Todopoderoso — no debe nunca olvidar su primera condición.

IV. La humildad es sacrificio perpetuo de adoración y alabanzas de Jesús Sacramentado para con Dios su Padre.

Dios que se humilla ante Dios; — Dios que se despoja de su gloria, majestad y poder para adorar á Dios por profundas humillaciones; Dios anonadándose en cierto modo para glorificar el soberano dominio de Dios: ¡qué Víctima, que holocausto perpetuo á la infinita gloria de Dios!

Así, una religiosa adoratriz debe completar en sí misma el sacrificio de Jesús en la Hostia, cumpliendo en su propio ser el sacrificio de la humildad

del Salvador; haciendo en realidad y por virtud lo que Jesús continúa reiterando glorioso y triunfante en su estado sacramental.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Pobreza eucarística.

En la Eucaristía despósase Jesús con la pobreza;—honra á esta virtud, y ama más que á todos los otros bienes á esta querida esposa...

I. En la Eucaristía honra Jesús á la pobreza como á esposa suya.

La levanta á reinar sobre todas sus demás virtudes, porque ella es, en efecto, el alma y la perfección de la humildad.—Una humildad que obtiene honra y triunfos, no merece el nombre de humildad; cuando está pobre y despreciada, entonces sí que es grande y perfecta.

La vida interior se hallaría falta de aliento y virtud, si por la pobreza no estuviera muerta á los sentidos y á las cadenas del mundo.

En la pobreza estriba el mérito de la paciencia,—de la confianza,—del padecer y de la total entrega y resignación de sí mismo.

Así vemos que Jesús ha querido ponerse el traje de la pobreza, realzar con ella su palacio y afiliarse en el rango de la misma.

La vestidura eucarística de Jesús en las especies sacramentales bajo cuyo velo subsiste, son accidentes sin sujeto, como quien dice la forma visible de una cosa aniquilada.—¡Cuán pobre vestidura!

El palacio eucarístico de Jesús no es un edificio poseído en propiedad, ni aun en alquiler, sino mera-

mente un hospedaje, un albergue prestado.—Ningún mortal tiene una morada interiormente más pobre: cuatro tablas, y éstas á menudo carcomidas, ó cuatro groseras piedras: he ahí su estancia.

Un pobre sudario; no tan limpio muchas veces como debiera, le sirve de tapete;—unos vasos sagrados harto pobres—y cuando los hay de oro y de plata, eso ¿qué es para el Señor?—son todo su ajuar.

Pobres le sirven y pobres le acompañan: he ahí la pompa real del Rey de reyes.

Pobre es su estado personal; no tiene en torno de sí los tesoros de este mundo, ni guardias para defenderle de sus enemigos;—ni algún fulgor de gloria y majestad que anuncien su presencia.

Más pobre aún que su estado de niño en Belén y su estado de varón de dolores en el Calvario, es su estado en la Eucaristía.—Allá tenía al menos Madre que le custodiase y sirviese, ley que le protegiese, hombres generosos que reconociesen su verdad, su realeza, su divinidad:—aquí, nada.

La religiosa adoratriz debe honrar la pobreza de Jesús.—La esposa sigue la condición del esposo y debe compartir sus pensamientos y sus deseos. ¡Qué vergüenza, pues, para ella, y qué deshonra para Jesús si la esposa despreciase el vestido, la forma, la condición y ser del Rey su Esposo!

II. Jesús ama la pobreza más que todos los otros bienes; á la pobreza lo subordinó todo, hasta su gloria, y por la pobreza sacrificó todo, hasta su triunfo; la ama como un hijo á su pobre madre queridísima, como un conquistador su victoriosa espada, como un esposo á su amada esposa.

Al amar Jesús la pobreza, amaba al pobre gé-

nero humano; veía en ella el remedio á los males de los hombres, el tesoro de sus hijos, el precio del cielo para ellos.

Así que la primera bienaventuranza, como la primera virtud que enseñó, ésta fué: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Debe, pues, la religiosa adoratriz amar la pobreza: ésta es su dote, su vestidura espiritual, su nobleza ante el Rey celestial, su realce y su diadema.

TERCERA MEDITACIÓN

Obediencia eucarística.

El mayor entre los triunfos de Jesús es la Eucaristía. — Practica allí una obediencia sin gloria, — una obediencia incondicional, — una obediencia sin término.

I. Obediencia sin gloria.

Obedece Jesús á criaturas imperfectas, terrenales, malas. Obedece á algunos Judas, á sacrilegos, á verdugos espirituales; y esto lo practica con mansedumbre, — con sencillez — y con amor.

Es en verdad el Cordero de Dios, siempre inmola-do por los suyos.

Jesús obedece, y casi nadie aprecia la grandeza, la perfección y el amor de su obediencia. Ni aun se repara en ello; parece como si fuese una cosa natural que Jesús obedeciese á todos.

La obediencia de la sierva debe, para ser eucarística, parecerse á la obediencia de Jesús. — Ha de ser humilde de corazón, — mansa en la voluntad, — sencilla en la acción, — universal en la sumisión.

II. Obediencia incondicional.

Jesús obedece á la primera palabra del sacerdote, á la voluntad de cualquier fiel; dispuesto se halla siempre para oír á los que vienen, para visitar á los que le llaman, para darse á los que se acercan á recibirle. No hay aquí por parte de Jesús excusa ni exclusión alguna; no hace más que obedecer, y su amor á la obediencia le llevará á tolerar las más odiosas humillaciones, los más indignos oprobios y las más horribles profanaciones: — Jesús en la Eucaristía se ha constituido por esclavo de los hombres, — de los buenos como de los malos.

¡Oh qué amor, Dios mío!

La obediencia eucarística de la hermana debe ser también incondicional: — incondicional respecto á oficios; que todo es divino en el servicio de Dios, y los oficios más humildes y más pobres son los mayores y los que más nos acercan á Dios: — incondicional respecto á gustos y simpatía; que las ocupaciones más antipáticas son las mejores para nuestra perfección y encierran más amor: — y sin condiciones también de devoción particular; pues Jesús es quien manda lo que mejor nos conviene, quien escoge, prepara y ordena, y fuera de la obediencia no hay esa gracia de elección, — esa virtud del sacrificio, — ese amor puro de Jesús.

III. Jesús en la Eucaristía obedece sin término.

No se ha reservado días ni momentos libres, no ha limitado el tiempo de ese estado que pudiéramos llamar de minoridad; — ó, por mejor decir, se ha sujetado así hasta el último instante del mundo.

Jesús, pues, obedecerá siempre y á todos hasta el día final, en que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.

¡Oh Dios mío! ¿Y querría yo resguardar mi libertad, reservarme actos libres, — ser de mi propia potestad, — usar de soberano dominio en mí mismo? — ¡Oh! no. Dejaría entonces de ser eucarística, de vivir con la vida de Jesús, de continuar en mí su vida activa y meritoria de obediencia.

¡Oh santa y divina obediencia! Tú serás la cadena que me sujete al divino Sacramento como cautivo de amor.

Tú serás mi móvil y mi gracia en mis sendas todas, á fin de que sea yo obediente hasta la muerte de mí misma — hasta la cruz del sacrificio — hasta llegar, así obediente, á los pies de Jesús, perpetua y amorosa Víctima de obediencia en la Hostia.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Pureza eucarística.

I. Pues que nada manchado entrará en el cielo, tampoco nada impuro ni imperfecto debe acercarse á la Eucaristía, que es el cielo del amor, como el Em-píreo es el cielo de la gloria.

Ahí está, en la Eucaristía, Jesús, el Dios de toda pureza y de toda santidad.

Y aun su santísima humanidad nada tiene ya de la vida mortal: — espiritualizado está su cuerpo — glorificados sus sentidos — divinizado cuanto hay en Él.

De suerte que para servir á Jesús de un modo conforme á su vida eucarística, menester es que la

religiosa sea muy espiritual y enteramente dada á las cosas del cielo.

La Eucaristía, además, es el festín de las bodas del gran Rey, — de cuyo banquete participan sólo los convidados que se presentan vestidos con la túnica nupcial de la santa dilección.

La Eucaristía es el divino desposorio de Jesús con el alma amada. — No puede darse unión entre substancias de diversa naturaleza. — La santidad no puede unirse con el pecado.

La religiosa adoratriz, sierva y esposa de Jesús, ha de ser muy pura para merecer sus miradas de amor y aprobación.

¡Oh! ¡Cuánto amaba Jesús á María, la Reina de toda pureza! — ¡Pero con cuánto cuidado se conservaba María pura y se fortalecía en la caridad divina! — Hija suya soy, y dedicada á la adoración eucarística en su compañía: debo, por lo tanto, procurar imitarla.

II. ¿Qué debe ser la pureza de una religiosa adoratriz? Todo ha de respirar en ella la fragancia de esa virtud.

La modestia de sus sentidos, de sus movimientos, de su mirada, de sus palabras — la pureza debe, por decirlo así, exhalararse de su amor y de su vida toda, como se exhala de la azucena su delicioso perfume.

Pureza de pensamientos, que rechaza todo pensamiento del mundo, de sus vanidades, de sus placeres, de sus fiestas, para tener el espíritu ocupado tan sólo en Jesús, á quien ama. — En Jesús pensaba María: Todos los pensamientos los tomaba de Jesús como regla y norma de ellos.

Pureza de deseos: no deseando ya de este mundo

nada más que el olvido, el desprecio y la cruz;—siendo todos sus deseos el ver á Jesús honrado, glorificado, amado y hecho Rey de todos los corazones,—no deseando más que una cosa: agradar únicamente á Jesús.

Pureza de afectos: sacrificando generosamente á Jesús en la Eucaristía el afecto natural de todas las criaturas,—no queriendo ya ocupar sitio en el corazón de criatura alguna,—haciendo, como María, de su corazón un jardín cerrado, una fuente sellada para cuanto no es Jesús.

Pureza de acciones: no buscando más que la gloria, amor y beneplácito de Jesús, su Esposo;—viviendo para Jesús por la abnegación de sí misma, de su propia vida;—viviendo en Jesús por la devoción con que se consagra del todo á su amor.—Así vivía María: era Jesús la vida de su vida, el corazón de su corazón, el fin último de todas sus acciones.

Pureza en el padecer: es necesario amar mucho á Jesús para padecer puramente por Él,—para callar á los hombres nuestros padecimientos,—reputarlos apenas dignos de ser ofrecidos á Dios,—y hacer de ellos un ramillete de amor para el divino Esposo...

SEGUNDA MEDITACIÓN

Caridad eucarística.

La Eucaristía es la prenda y la prueba del amor de Jesús á los hombres.—Después de haberles dado todo, se da á sí mismo, se entrega al servicio de los mismos y se pone á su disposición.

Suave, paciente y benéfica es para con el prójimo la caridad de Jesús Sacramentado.

I. Suave con todos, especialmente con los pobres—con los que padecen,—con la gente ruda.

Recibelos á todos con bondad y amor; es el padre bondadoso que abraza á los hijos,—José que se muestra á sus hermanos, el amigo que acoge al amigo.

Suave, afable, graciosa y amable ha de ser, pues, la caridad de la sierva, que aun así nunca será más que un reflejo harto grosero é imperfecto de la bondad con que Jesús la trata.

¡Qué mansedumbre y bondad la de María en el Cenáculo!—¡Con cuánta bondad recibía á todos y les inspiraba con sus palabras un santo gozo!

II. Caridad paciente.—Jesús aguarda con suave paciencia á sus servidores, á sus hijos;—permanece día y noche esperándolos, y cuando á Él se acercan los recibe siempre con bondad, sin reproches, sin frialdad, sin acritud.

Así en la comunidad debe ser la hermana paciente, soportando con igualdad de genio los diversos caracteres de las personas con quienes vive, aun aquellos mismos hacia los cuales experimenta antipatía.

Debe compadecerse de la miseria é imperfecciones de su prójimo,—sufrirlas con humildad—corregirlas con prudencia,—ó cubrirlas con el manto de la caridad, si no puede ó no debe corregirlas.

III. Caridad benéfica.—A cuantos vienen á Él les hace bien Jesús, y hasta se les anticipa;—querría hacer mucho bien á sus enemigos.

Así también debe la caridad de la hermana ser benéfica,—olvidándose de sí misma por atender á los demás;—pasando ella privaciones por procurar alivio á los demás.

Escogiendo para ella las cosas que son peores, más feas, menos honoríficas, por dejar lo mejor á sus hermanas, de las cuales deberá pensar que le hacen mucha ventaja.

Deseando para el prójimo más bien que para sí misma, como quien considera que es indigna del bien y no sabe sacar de él provecho.

Alegrándose muy sinceramente del bien, de las virtudes, del próspero éxito de los demás, con el pensamiento de que Dios tiene á su servicio, por lo menos, algunas almas buenas.

Mas para tener hacia sus hermanas la caridad de Jesús, preciso es que miremos en ellas á Jesús, su gracia, su amor, su santidad, ó sus infinitas misericordias: —menester es que ante el aspecto humano de nuestras hermanas interpongamos como un velo la imagen de Jesús. — Él lo dijo: «que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis más pequeños hermanos, á mí lo hicisteis.»

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús Víctima.

En su estado sacramental escogió Jesús la cualidad de víctima, de hostia, como la que mejor cuadra á su amor hacia su Padre y hacia nosotros: Jesús en cuanto víctima: he ahí el modelo de una hermana adoratriz.

I. Jesús, hostia de inmolación, se halla siempre en estado de víctima ante el trono de Dios Padre: «Miré — dice San Juan — y vi que en medio del solio... estaba un Cordero como inmolado.»

Por ese estado de víctima Jesús ofrece continua-

mente á su Padre sus padecimientos del Calvario, le muestra sus llagas abiertas, sus manos y sus pies traspasados, su corazón herido, su sagrada cabeza coronada con las cicatrices de su corona de espinas.

Así, una sierva del Santísimo Sacramento debe también ser como una misma hostia con Jesús sobre el mismo altar de inmolación — continuando en su cuerpo los padecimientos que no es posible sufra ya Jesús en su carne glorificada.

Padeciendo en su corazón el dolor y la agonía que el Corazón de Jesús no puede en su estado de bienaventuranza experimentar ya, á la vista de los crímenes y pecados de los hombres, y sobre todo de su alejamiento de esta única fuente de salud.

Llorando, derramando amargas lágrimas al ver á Jesús desatendido, despreciado, crucificado por sus hijos, por aquellos á quienes más honró y amó.

Toda la naturaleza humana de Jesús se había hecho la materia, la víctima, el holocausto del sacrificio. — Preciso es que cada sentido y cada facultad en una adoratriz, le dé ocasión para unirse al sacrificio de Jesús sobre el mismo altar en que se inmola esta divina Hostia.

II. Jesús, Hostia perpetua de amor, de alabanzas, de dependencia, desea incesantemente consumirse por la gloria de su Padre y por la salvación del mundo.

Si el Padre celestial lo hubiera querido, habría Jesús continuado su Pasión hasta el fin del mundo. — Continúa Él una Pasión por amor en el alma de sus esposas: continúa Él por medio de esas almas los padecimientos y el llanto; — continúa Él en esas almas su crucifixión.

La religiosa adoratriz debe, por lo tanto, apreciar

todo cuanto la une á la inmolación de Jesús, todo cuanto sirve de continuación al amor crucificado de Jesús.

No debe, pues, juzgar de su amor sino según la altura y latitud de su cruz.

Ni encontrarse dichosa sino cuando tiene algo que sacrificar al amor del Amado.

Ni amar la virtud sino por ser ésta un homenaje que se hace á Dios, un don que se hace al amor de Jesús, una gracia para la salvación de los pecadores.

María, hostia de inmolación con Jesús en el Calvario, es también hostia de amor en el Cenáculo.

¡Qué divino fuego devora y consume su alma!
¡Qué llama sube y crece ensanchándose desde su corazón!

Así deben vivir y morir sus hijas.

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Fe eucarística.

La virtud que ha de resplandecer en la vida de una sierva del Santísimo Sacramento es la fe eucarística.

Esta fe viva es una grande gracia, la cual debe, por lo tanto, pedirse con instancia. — Es una virtud, y virtud fundamental: y así la sierva ha de ejercitarse constantemente en la fe, en la virtud de fe, en el espíritu de fe eucarística.

I. Fe eucarística. — Consiste en creer, como tiene y cree la Santa Iglesia católica: que Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente bajo las especies sacramentales.

Esta fe es y obra en nosotros la vida de Jesucristo, encubierto, velado, oculto bajo las especies sacramentales, semejante al sol contemplado á través de una nube, á un amigo disfrazado para hacer prueba de nuestros sentimientos.

II. El alma de fe ve verdaderamente á Jesucristo por una mirada interior de la gracia, y esta gracia y esta vista espiritual no se limita á un objeto exterior, á formas determinadas: abraza á Jesucristo todo, su divinidad y su santa humanidad, todas sus adorables perfecciones, toda su belleza, toda su bondad, todo su amor; — tanto al menos como lo permite la limitación y flaqueza de quien es aún peregrino sobre la tierra.

Semeja esta vista eucarística á la que se tiene de Dios en el cielo, la cual lo muestra siempre más amable, más grande y más bello á la mirada feliz de los Santos. — Así Jesucristo en el Santísimo Sacramento es siempre nuevo, más amado, más tierno y más amable para el alma adoradora; y por eso es siempre inagotable y siempre nueva su contemplación eucarística, que va siempre por Jesucristo de claridad en claridad, de virtud en virtud y de perfección en perfección.

Así que el pensamiento de la Eucaristía ocupa el alma y la vida toda. — Por este pensamiento capital va el alma á los demás sin salir de su centro; y estos pensamientos son como rayos que no se separan de la luz en que nacen, del sol que los produce.

De ahí proviene que el alma eucarística está siem-